

EL «SEXUALISMO» EN  
LA CONDUCTA HUMANA.

Reconsideraciones sobre la sexualidad fálica.

Dr. Gustavo Chiozza

FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA

- Octubre 2020 -

«No vemos las cosas como son.  
Las vemos como somos.»  
Talmud.

### **La importancia de la sexualidad en la vida del hombre:**

Los desarrollos de Freud marcaron un «antes» y un «después» en la manera en la que el hombre considera su propia sexualidad. Aquellas teorías que al principio fueron juzgadas como de un *pansexualismo* disparatado, a pesar de las críticas y el rechazo, finalmente lograron imponerse. Una vez que aceptamos que la vida del niño está dominada por impulsos de naturaleza sexual y que los deseos forjados durante la infancia, desde lo inconsciente atemporal, animan la vida del hombre adulto, caemos en la cuenta de que ya no es posible exagerar la importancia que la sexualidad tiene en la vida del hombre.

En efecto, si consideramos que el impulso sexual puede coartarse en su fin sexual último o también sublimarse en una nueva meta cultural, toda actividad del hombre puede, en última instancia, ser reconducida a un origen de naturaleza sexual. Resulta, entonces, difícil diferenciar la sexualidad de aquello que, lisa y llanamente, anima la vida misma.

Pero aún si dejamos de lado estas formas en que la sexualidad alimenta deseos, fantasías y actividades de fines no sexuales, y nos limitamos a considerar solo aquello que pertenece al acto sexual mismo, vemos que, en el ser humano, esa conducta posee una riqueza y una complejidad que lo distingue de los demás animales. No solo el ejercicio de la mano, el uso de la palabra, la modificación del entorno natural y el dominio del fuego distinguen al hombre de las demás criaturas; también su sexualidad, por frecuencia y complejidad, constituye un rasgo distintivo.

Siempre que intentamos señalar aquellos aspectos que nos hacen únicos entre las demás criaturas se corre el riesgo de pecar de antropocentrismo.

Los cortejos sexuales que preceden la cópula son frecuentes en las más variadas especies animales y no se puede descartar la posible existencia de fantasías sexuales, ricas y complejas, en la conciencia subjetiva de ninguna especie. Sin embargo, algunas evidencias observables nos animan a continuar por ese camino. La primera de ellas –y quizás la más relevante–, es que en el ser humano el acto sexual se lleva a cabo con total independencia del período de celo en el cual la reproducción es posible. Si bien esto mismo ha sido observado en algunas especies de primates (los bonobos), un hecho tan singular e inexplicable, sucedido en una especie que nos es tan cercana en la escala evolutiva, parece pertenecer a ese tipo de excepciones que el lugar de refutar la regla, más bien, la confirman. Que la actividad sexual, rompiendo el lazo que la unía a la reproducción, se haya independizado de aquello que le daba, tanto su sentido primigenio como su fin último; que el individuo se haya apoderado para sus propios fines de una actividad cuya meta (en nuestra consideración) pertenecía por entero al interés de la especie, he ahí un hecho cuyas implicancias –según creo– aún no han sido adecuadamente dimensionadas.

Por mencionar solo una de estas implicancias, pensemos que el suponer que sexualidad y reproducción formaban una unidad, nos brindaba un criterio natural para deslindar la actividad sexual normal de formas patológicas como las perversiones, a las que considerábamos unas «desviaciones» de la unión de los genitales que persigue la meta reproductiva. Obviamente no quiero afirmar con esto que aquello que antes considerábamos perversiones patológicas hoy debemos considerarlas normales, sino más bien señalar el hecho de que al independizar la sexualidad de la reproducción se hace necesario encontrar nuevos y mejores criterios para separar lo normal de lo patológico.

Otro aspecto singular de la conducta sexual humana es que el acto sexual trasciende en mucho lo que podríamos considerar una actividad genital. No solo la participación de los sentidos (ver, tocar, oír, oler) –cuya participación subjetiva es prudente no descartar en otras especies– sino también el acto de succionar y el besar; la participación de los senos, las nalgas, las piernas, los pies, el cabello; la estimulación anal y cutánea; la masturbación... En el acto sexual humano, todo el cuerpo –y no solo los genitales– parece ser la fuente y, a la vez, el objeto del deseo sexual.

Dada la significatividad de la sexualidad para la vida del hombre, las otras singularidades humanas que nos han permitido desarrollar nuestra particular forma de cultura (la mano, la palabra, el dominio del fuego y la

modificación del entorno natural), se ponen al servicio de la sexualidad haciendo que ésta alcance unas proporciones que resultan difíciles de concebir en otras especies. Son usos y costumbres en los cuales, muchas veces, el límite entre lo normal y lo patológico se hace difuso. La vestimenta, los adornos del cuerpo, el erotismo en todas sus formas culturales, los anticonceptivos, la pornografía, la fabricación de objetos destinados a la satisfacción de las fantasías sexuales, el viagra, las cirugías estéticas, la prostitución, la homosexualidad, el travestismo y el transgénero, la agresión o el abuso sexual, como la violación y la pedofilia. También podemos incluir en esta lista a aquellas patologías, como la histeria, las fobias o la neurosis obsesiva, que solo el psicoanálisis ha sabido desentrañar el estrecho vínculo que poseen con la sexualidad.

Como ya dijimos, el espacio que la sexualidad ocupa en la vida del hombre resulta difícil de sobreestimar. Creo que esto es un hecho que merece alguna reflexión. En una conferencia reciente, me atreví a formular una hipótesis para comprender el origen de esta particularidad de la conducta sexual humana, que hoy deseo retomar aquí.

Obviamente somos seres humanos y estamos satisfechos de serlo. Nos parece que el acto sexual que podemos observar en los animales dista mucho de lo que podría satisfacerlos; nos resulta demasiado pobre, tanto en frecuencia como en contenido. Quizás esté bien para ellos –pensamos–; o quizás –pobres– no saben lo que se están perdiendo. Como sea, nuestro caso es distinto; nuestro deseo sexual es mayor y más exigente; por lo tanto, su satisfacción demanda acciones más complejas. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Por qué no habríamos de perseguir su satisfacción?, ¿por qué habríamos de privarnos?

Sin embargo, Mark Rowlands, en su libro *«El filósofo y el lobo»*, ofrece un punto de vista que suscita interesantes reflexiones. Según sostiene, como seres humanos, estamos demasiado implicados en la cuestión como para lograr un punto de vista ecuánime. Por ejemplo, nuestro punto de vista humano nos lleva a pensar que, cuando privamos a un animal de la satisfacción sexual natural, le estamos ocasionando un gran perjuicio; sin embargo, a diferencia de lo que solemos creer, para los animales en condiciones naturales la privación sexual suele ser lo más común. En las manadas de lobos, nos cuenta Rowlands, solo copula el macho alfa con la hembra alfa; el resto de los individuos de la manada pasan su entera existencia sin gozar del acto sexual. Si tenemos en cuenta que, en libertad, el lobo vive entre 6 y 8 años y que el celo se da una vez por año, vemos que aun para la

pareja alfa el acto sexual es algo más bien raro. Esto, con algunas diferencias, se mantiene en muchas especies que forman grupos sociales, y es aún más marcado en especies que no forman grupos. De modo que los animales disfrutan del sexo cuando lo pueden practicar, pero como no es una actividad que tenga tanta importancia para ellos, tampoco sus vidas se ven tan menoscabadas por esa carencia.

Es, justamente, esta manera que tienen los animales de sobrellevar la abstinencia sexual la que nos invita a reflexionar sobre cuál es la actitud más adecuada frente a los deseos. Si ahora cambiáramos el acto sexual por el consumo de alcohol resulta fácil concluir que una actitud saludable con respecto al consumo de alcohol es aquella en la cual el sujeto disfruta cuando puede consumirlo, pero no padece su carencia cuando no lo consume. El sujeto que, en cambio, solo puede pensar en consumir alcohol, que orienta su vida en esa dirección y que se siente atormentado por la abstinencia, sería considerado claramente como un sujeto alcohólico. Llamamos «alcoholismo» a un estado patológico, en el cual lo que –a lo sumo– debería haber sido un deseo, se ha transformado en una necesidad.

El sufijo «-ismo» se suele utilizar con distintos sentidos; ya sea para indicar una actividad (atletismo), para señalar una doctrina (existencialismo) o sistema (capitalismo), para denotar una dependencia (tabaquismo), para señalar la actividad de un agente (fabismo o saturnismo) o directamente para señalar un estado patológico (autismo). Todos estos sentidos parecerían tener en común la intención de señalar algún tipo de exceso o exageración que denota, implícitamente, la pérdida de una moderación que hubiera sido preferible.

Los seres humanos consideramos a la sexualidad –no la reproducción– como una necesidad; a punto tal que consideramos insalubre a la abstinencia forzada y, cuando es voluntaria, nos invita a sospechar la existencia de algún estado patológico. Más allá de si resulta posible –o incluso deseable– modificar la conducta humana hacia la sexualidad, ¿no podría resultar enriquecedor contemplarla como *sexualismo*? Si bien es cierto que la fuerza con la que experimentamos el deseo sexual redundando en nuestros aspectos más valiosos –la fantasía, la curiosidad, el juego, la creatividad– no podemos negar que también es la principal fuente de sufrimiento y patología. ¿Sería acaso posible deslindar, dentro del sexualismo humano, los aspectos positivos de aquellos otros patológicos?

## **El desarrollo de la sexualidad humana:**

Como sabemos, para el psicoanálisis la vida no es solo un conjunto de necesidades corporales a aliviar, sino también un conjunto de deseos anímicos a satisfacer. No vivimos porque necesitemos vivir; vivimos porque *deseamos* vivir, y deseamos vivir porque la vida nos ofrece la posibilidad de experimentar placeres. El bebé no succiona el pecho por tener conciencia de la importancia de una buena alimentación; lo hace porque desea hacerlo y este deseo, según Freud supo observar, va más allá de la necesidad de alimento. Tan es así, que no pudiendo succionar el pezón, lo reemplaza por el propio pulgar, algo difícil de explicar desde el punto de vista de la necesidad biológica. Siendo que la satisfacción de esos deseos es fuente de placer, Freud sostuvo que esos deseos eran de naturaleza sexual.

Desde el comienzo de la vida misma, acompañando el crecimiento del niño, la sexualidad se va desarrollando de manera paulatina hasta alcanzar su forma definitiva, en la vida adulta. Pero, así como el niño no es un adulto en miniatura, tampoco la sexualidad infantil es como la sexualidad del adulto en una escala menor. El desarrollo sexual está jalonado por una serie de etapas en las que la sexualidad «se tiñe» de las funciones biológicas que predominan en los distintos momentos por los que atraviesa el crecimiento del niño. O dicho en mejores términos, la sexualidad brota de todo el cuerpo (zonas erógenas) y va mutando en sus formas de satisfacción a medida que el niño crece. Hablar de distintas formas de buscar y obtener la satisfacción no debe confundirse con una cuestión menor; todo lo contrario. Nuestros deseos condicionan nuestras acciones; y para que estas acciones logren su eficacia es necesario hacer una concepción del mundo y la realidad acorde con esos deseos. Una manera de desear es, entonces, una manera de hacer. Por lo tanto, es también una *manera de ser*.

Recién en la pubertad, la sexualidad comienza a adquirir la forma definitiva que tendrá en el adulto, cuando el sujeto se hace capaz de lograr la reproducción; es decir, cuando las células sexuales maduran y el varón es capaz de eyacular y la mujer tiene su menarca. Es interesante subrayar que Freud concibe la madurez sexual como una *organización* de los impulsos sexuales en la cual los órganos genitales se constituyen en los agentes privilegiados de la descarga (el orgasmo), pero la excitación sexual que los genitales descargan, proviene del cuerpo entero. De modo que lo que caracteriza a la sexualidad del adulto es la *organización genital*, mientras que lo que

caracteriza a la sexualidad infantil es, contrariamente, la *desorganización pregenital*.

A grandes rasgos, luego del nacimiento y durante la infancia, el desarrollo sexual atraviesa tres fases principales o más notorias. Una primera etapa oral, vinculada a la incorporación, una segunda etapa anal, vinculada a la excreción, y una tercera etapa fálica-uretral, vinculada a la micción. Estas tres etapas se reparten, mas o menos equitativamente, los primeros 5 años de vida del niño. Luego sobreviene un llamativo apagamiento general de la libido sexual, al que Freud llamó período de latencia, que coincide con la época en que se produce la escolarización del niño. Por fin, la libido sexual reaparece en la pubertad, coincidiendo con los picos hormonales que generan la aparición de los caracteres sexuales secundarios. De modo que, interrumpida por el período de latencia, la sexualidad presenta una «acometida en dos tiempos»; esto constituye un rasgo particular de la sexualidad humana que no se observa en otras especies animales.

Observaciones posteriores sugirieron la conveniencia de dividir la fase oral en una primera parte centrada en la succión y una segunda, centrada en la masticación. Análogamente, también se juzgó conveniente dividir la fase anal en una primera parte centrada en la expulsión y una segunda en la retención. Para armonizar este nuevo panorama de fases divididas en primarias y secundarias, se suele designar a la fase fálica como genital primaria y considerar como genital secundaria a los cambios que suceden a partir de la pubertad.

Sin embargo, creo que este nuevo ordenamiento presenta algunos inconvenientes. El primero de ellos es que induce a pensar que, una vez finalizada la fase oral secundaria, de masticación, comienza la fase anal primaria, de expulsión. Lo que se observa, en cambio, (y de hecho, resulta más coherente) es que la fase anal primaria, en la que se expulsan heces blandas, es la continuación natural de la fase oral primaria de succión, en la que el niño se alimenta con líquidos, mientras que la fase oral de masticación, en la que el niño comienza a ingerir alimentos sólidos, es seguida por la fase anal secundaria, en la que las heces retenidas adquieren una consistencia sólida. Con Horacio Corniglio propusimos que una concepción más adecuada sería considerar una fase digestiva primaria, dividida en una primera parte oral de succión y una segunda anal de expulsión, y una fase digestiva secundaria que sobreviene luego de lo que llamamos «adquisición del comer» alimentos sólidos. Esta segunda fase digestiva se caracteriza por mayores montos

de agresión (sadismo), y reúne en dos tiempos lo que fue descripto como etapa oral de masticación y etapa anal retentiva.

El segundo inconveniente sucede al reunir bajo la designación de «genital» a la fase fálica con la maduración sexual definitiva (considerando a la primera, fase genital primaria y a la segunda, fase genital secundaria). El menor de estos inconvenientes es que la maduración sexual definitiva no es propiamente una fase sino, justamente, la culminación de un desarrollo dividido en fases. Pero el mayor inconveniente, a mi entender, consiste en designar como fase genital primaria a la fase fálica. Los genitales son el distintivo más notorio y evidente que señala la diferencia entre lo masculino y lo femenino; ellos mismos encarnan esa diferencia, en tanto son diferentes en el varón y en la mujer. A pesar de que en la infancia los genitales, aún siendo inmaduros, son diferentes según se trate de un niño o una niña, según observa Freud con acierto, esta diferencia aún carece de pleno significado para los niños. Volveremos sobre esto más adelante, pero quería señalar aquí el inconveniente que, a mi entender, suscita llamar «fase genital primaria» a una fase que aún pertenece al período *pregenital* de la libido sexual en desarrollo.

### **Fijación y regresión de la libido sexual:**

Como dijimos, en su desarrollo, la libido sexual va atravesando distintas fases que, bien miradas, no son más que formas particulares de desear y de experimentar placer, que en distintos momentos alcanzan un predominio por sobre las otras. De modo que, al momento de pasar de una fase del desarrollo a otra, el niño debe implementar un cambio en el modo predominante de obtener placer. Estos cambios, como se desprende de lo anterior, están favorecidos por los cambios corporales: al adquirir cierta relevancia una determinada función corporal, dado que la función es erógena, surge en el niño un deseo nuevo que exige, para su satisfacción, de nuevos caminos. Por ejemplo, al comenzar la dentición, surge con ella un nuevo deseo de morder y junto con él, una nueva forma de obtener placer.

Una característica muy notoria de la libido es el apego o adherencia a las actividades que le resultan eficaces a sus propios fines, es decir, placenteras. Para que esto no suene a postulado teórico, digamos que el placer genera *hábito*; y, como todos hemos experimentado, los hábitos no son fáciles de abandonar. De modo que, para progresar en su desarrollo, la libido



sexual tiene que *desprenderse* de actividades placenteras que se volvieron hábitos eficaces. Es cierto que el desprendimiento se ve favorecido por la emergencia de deseos nuevos. Pero del otro lado de la balanza, sucede que para satisfacer estos nuevos deseos es necesario aprender actividades nuevas y esto no siempre se logra al primer intento. Para proseguir el ejemplo anterior, el niño con su nuevo diente, muerde el pecho y obtiene placer; pero al hacerlo es retirado del pecho con el desagrado de su madre y esto lo deja lleno de frustración. En otras palabras, el nuevo diente promete nuevas formas de satisfacción, pero también pone un corte a un estado anterior que era satisfactorio. De modo que el bebé se siente forzado a tener que abandonar una actividad que le era satisfactoria y a la que ya se había habituado (la succión), para intentar obtener satisfacción a través de una actividad nueva (la masticación) que aún no domina bien, para la que aún no se siente del todo apto y que, por lo tanto, le resulta todavía insatisfactoria. En otras palabras, la vida se le complica.

El concepto de fijación denota la profunda huella que deja en el psiquismo esta experiencia de pasaje de una forma de satisfacción a otra. Cuanto más satisfactoria haya sido la forma que se debe abandonar y cuanto más difícil le resulte obtener satisfacción por el nuevo camino, mayor será esta huella. Freud concebía la fijación como una «cantidad» de libido sexual que, en lugar de avanzar hacia lo nuevo, permanecía adherida a esa forma anterior de satisfacción.

Cuanto mayor es la libido fijada a los viejos hábitos, menor será la libido disponible para afrontar los nuevos desafíos que el crecimiento impone. En otras palabras, una mala experiencia frente al cambio, condiciona una menor disposición a enfrentar nuevos cambios futuros. Así, el sujeto inseguro de poder superar las nuevas dificultades, intentará enfrentar esas nuevas dificultades recurriendo a sus viejos hábitos. Este intento de volver atrás, de buscar la satisfacción en los caminos ya recorridos es lo que denota el concepto de regresión de la libido.

Los conceptos de fijación y regresión son un modo de consignar en la teoría las consecuencias que dejaron en la personalidad del sujeto las vicisitudes por las que tuvo que atravesar en su desarrollo. Por ejemplo, un niño que no logre satisfacer, de manera oportuna y suficiente, la libido dentaria, será posiblemente un sujeto convencido de que la gratificación se logra adoptando actitudes sumisas y que, por lo tanto, tendrá mayores dificultades para lograr gestionar adecuadamente impulsos que conllevan un monto de

agresión mayor. La agresividad, mal gestionada, se acumulará haciendo aún más difícil su adecuada descarga a través de la sumisión.

Si ponemos el acento en su actitud sumisa pensaremos que tiene una fijación a la fase digestiva primaria (oral y/o anal) por un exceso de gratificación. Si, en cambio, ponemos el acento en sus deseos agresivos insatisfechos, pensaremos que tiene una fijación a la fase digestiva secundaria (oral y/o anal, sádicas) por exceso de frustración. Creo que sería más adecuado pensar que la fijación no se produce en una determinada fase, sino más bien en el punto de pasaje de una fase a otra y que ambas formas de gratificación, excluyentes la una de la otra, componen el conflicto actual.

### **La sexualidad fálica:**

El órgano fuente de la excitación que domina la etapa fálica-uretral no es, como podría pensarse, la uretra sino el tejido eréctil y ricamente inervado que conforma el pene en el varón y el clítoris en la mujer. Ambos órganos, que comparten un mismo origen embriológico, son desde el principio fuente de sensaciones placenteras, pero antes de que se inicie la etapa fálica, el niño se siente más inclinado a otras formas de satisfacción. Una vez finalizada la primera dentición y finalizada también la etapa anal retentiva, entre los 3 y 4 años de vida, la excitación proveniente de este órgano empieza a adquirir predominancia por sobre las antiguas formas de satisfacción.

Si el niño fuera un cachorro de chimpancé o de lobo, su maduración definitiva estaría a punto de culminar y en breve sería apto para satisfacer los deseos sexuales que provienen de estos órganos. El macho sería capaz de eyacular y la hembra de ovular. Estimulados por sus propias sensaciones y en respuesta al celo de la hembra, pronto descubrirían la cópula y el orgasmo que ella conlleva. Pero no es este el caso del cachorro humano.

Es necesario subrayar que, a diferencia de lo que sucede con las otras etapas de la evolución sexual, el órgano fuente de la excitación en la etapa fálica es un órgano todavía inmaduro, incapaz de llevar a cabo la función que el destino le depara. No es aún capaz de generar un orgasmo y, por lo tanto, no puede asumir el rol de agente de la descarga del conjunto entero de la excitación sexual.

Creo que las implicancias de este hecho no han sido adecuadamente valoradas. A diferencia, por ejemplo, de la excitación oral dentaria que se satisface plenamente en el acto de morder –al cortar, desgarrar y triturar los alimentos–, la excitación que este órgano genera no encuentra una vía de descarga eficaz. El niño se siente como si le hubieran regalado un juguete nuevo, muy tentador, pero demasiado complejo como para que todavía pueda usarlo. Como si frente a sus intentos de buscar satisfacción con ese juguete nuevo, sus padres le dijeran, «todavía no», «cuando seas más grande», «te vas a lastimar», «lo vas a romper».

El niño toma conciencia de su inmadurez de una manera nueva y dolorosa. Por primera vez se encuentra frente a deseos intensos cuya satisfacción demanda acciones que están completamente fuera de su alcance. Se siente muy frustrado; siente que lo que más necesita le falta. Maníacamente, puede intentar negar su sensación de impotencia y, adoptando un orgullo precario, exhibe sus genitales a todo aquel que quiera mirar. O quizás, de manera paranoica, se siente sometido a una injusticia y alberga deseos de rivalizar. También puede suceder que, melancólicamente, se sienta mutilado en su autoestima.

Pero lo que verdaderamente caracteriza a esta etapa es que la *imposibilidad* de satisfacción (o frustración) lo lleva a idealizar, de manera *exagerada*, su crecimiento futuro: «cuando sea grande lo podré todo; absolutamente todo». Así, niños y niñas conciben la idea de que su pequeño órgano inmaduro crecerá hasta convertirse en lo que ellos imaginan que tienen los adultos: un pene enorme y duro que, como una varita mágica, es capaz de satisfacer todos los deseos, siempre.

Esta concepción idealizada del pene, es lo que denota el concepto de falo que da nombre a esta etapa del desarrollo. Tener el falo es, para niños y niñas, tener la posibilidad de tenerlo todo y, por lo tanto, la posibilidad de ser grandioso. No tener el falo es el exacto contrario; y lo contrario al falo es la castración; es decir, la impotencia y la frustración sin esperanza.

Pero es necesario tener en cuenta que, niños y niñas *saben* que no poseen el falo, porque si lo tuvieran todos sus deseos ya estarían satisfechos. Pueden jugar a que poseen el falo y presumir de su potencia; confían en que algún día lo tendrán, pero saben que aún no lo tienen. De modo que lo que caracteriza a esta sexualidad fálica, no es la *posesión* del falo sino, más bien, la *esperanza* de, algún día, llegar a tenerlo. Algo que podríamos llamar la «promesa fálica».

Si bien es cierto que la imposibilidad de descargar la excitación, con frecuencia, se vuelve algo traumático y, en esos casos, el niño experimenta la frustración como un daño equiparable a la castración, lo cierto es que el niño tampoco se siente *del todo* castrado, ya que se sabe poseedor de un órgano que, en el futuro, se convertirá en el falo que imagina –«solo es cuestión de tiempo» se dice esperanzado–. Su potencia, todavía escasa, es sobre todo *potencialidad*.

Si quisiéramos representarnos esta vivencia, podríamos suponer que el niño se siente como un sujeto que tuviera en su poder el billete ganador de la lotería, solo que tiene que esperar al lunes para poder cobrarlo. El billete, en sí, hoy por hoy, no sirve de mucho, pero como dicen los españoles, «le hace ilusión». El sujeto no puede dejar de verlo, de tocarlo y de imaginar, esperando al lunes, todo lo que va a poder comprar con el dinero. Si después de tantas ilusiones, el sujeto pensara que perdió el billete, que alguien se lo quitó, que ahora lo tiene otro... Bueno, eso sería la castración.

Volviendo al tema, como subraya Freud, en cuanto a lo importante –y lo importante en esta etapa es el falo– aún no hay diferencias significativas entre varones y mujeres. El niño confía en que su pequeño pene crecerá hasta convertirse en un pene como el que imagina que tiene su padre; en su fantasía es este órgano lo que le permite a su padre ser tan potente. La niña piensa que su clítoris es un pene aún muy pequeño y confía en que crecerá hasta convertirse en un pene como el que imagina que tiene su madre; en su fantasía es este órgano lo que le permite a su madre ser tan potente.

Uno aquí se siente tentado a disentir con Freud. Se imagina que quizás en épocas en las que no había conciencia de la sexualidad infantil, carentes de toda información, los niños podían creer que también las mujeres tenían pene, pero que hoy, las cosas son distintas y los niños conocen la diferencia genital desde el comienzo. Yo creo que no es así. Podrán variar los nombres que el niño utilice para hablar de los genitales y podrá utilizar nombres distintos para los genitales masculinos y femeninos, pero Freud acierta al afirmar que este distingo todavía carece de sentido para él. Su manera de concebir la sexualidad está dada por las sensaciones que provienen de su propio órgano; y estas sensaciones son de una excitación que no se logra satisfacer del todo y que, por lo tanto, generan una esperanza futura; una promesa. Esto determina una concepción idealizada (exagerada) de las potencialidades futuras de su órgano. Como dijimos, a esto los psicoanalistas (ni los niños ni sus padres) llamamos falo.

De modo que las alternativas durante la etapa fálica, más que tener el falo o no tenerlo (estar castrado), serían mantener viva la promesa fálica o perderla definitivamente. Obviamente el niño puede sentirse castrado en un momento de particular frustración, pero mientras mantenga viva la esperanza depositada en el crecimiento futuro de su pene, este sentimiento no es tan traumático. La verdadera amenaza de castración, entonces, es la amenaza de perder la *posibilidad* de llegar a tener un falo. Como subraya Freud, el niño no suele dar mucho crédito a esas amenazas porque nunca ha visto que algo así pudiera suceder. Hasta que un mal día lo descubre...

### **El naufragio de la sexualidad fálica:**

Como sabemos, los deseos insatisfechos generan idealizaciones exageradas. El bebé hambriento imagina que es capaz de devorar el cuerpo entero de la madre, pero una vez puesto al pecho, luego de unos minutos de succionar, su apetito se acota. En el caso de la boca, el ano o los dientes, el órgano rápidamente se hace apto para cumplir su función y se vuelve capaz de satisfacer los deseos que él mismo genera. Como vimos, no es esto lo que sucede durante la etapa fálica; el órgano del niño es aún inmaduro e incapaz de generar un orgasmo. De modo que la idealización del órgano, en lugar de acotarse por la satisfacción, se exagera sin límites por la frustración.

El niño se encuentra en una dura encrucijada. La excitación crece, la frustración crece y la idealización del falo se exagera más y más. La excitación acumulada no puede esperar hasta la pubertad para descargarse. Esta situación está condenada al fracaso; el único camino que parece posible es la represión. Y es eso lo que sucede.

De un momento para otro, el niño parece haber abandonado el interés por la sexualidad y todo su ánimo parece aplacarse. Así sabemos que ha ingresado en el período de latencia. A veces de manera silenciosa y otras precedido de síntomas variados, por lo común fobias o ataques de angustia. El psicoanálisis nos permite saber que lo que ha sucedido es que el niño ha descubierto la diferencia sexual y la ha interpretado como la existencia real de la castración. Nada mejor para desencadenar la represión que una fuerte impresión traumática. No siempre es fácil saber exactamente qué es lo que el niño ha visto; probablemente nada que no hubiera visto antes o que no hubiera podido ver. Tal vez, la comprensión gradual de la propia *imposibilidad* de descarga sea lo que vaya generando, de a poco, la idea de que la

castración podría existir. Y recién cuando esta idea alcanza un grado suficiente, el niño se encuentre en condiciones de aceptar lo que siempre estuvo a la vista: que los genitales de niños y niñas no son iguales. A partir de ese momento, al ver el genital del otro sexo, cree reconocer en ello la confirmación de una idea que ya lo venía acechando; una idea nacida de antiguas sensaciones (frustración, impotencia) que intentaba negar.

Se trata de una fuerte impresión traumática que lleva al niño a reprimir la libido sexual, ingresando en el período de latencia. Pero la forma en que lo hace, el contenido de representaciones y sus consecuencias, serán diferentes para el varón y la mujer. La noticia de la diferencia sexual, entonces, marca un punto de inflexión en el desarrollo sexual. A partir de aquí, y por primera vez, debemos empezar a considerar por separado el desarrollo sexual masculino, del femenino.

El varón, al descubrir el genital femenino, se convence de que lo que ha visto es un pene mutilado. Su antigua convicción de que su pene crecería hasta ser capaz de satisfacer todos sus deseos –en la que cifraba todas sus esperanzas– ahora se tambalea. El futuro se le vuelve algo peligroso y su ánimo pasa a estar dominado por la angustia de castración. Concluye que, si no abandona sus veleidades fálicas, su pene corre serios riesgos. La preservación de su integridad física pesa más que una excitación que, por otra parte, tampoco logra descargar adecuadamente. De modo que la sexualidad se reprime y, junto con ella, gran parte de la vida infantil queda olvidada. El varoncito que, hasta hace poco, desvergonzado, seducía a su madre y disputaba al padre su lugar junto a ella, ahora se aparta de la madre. En parte porque la ve como un ser castrado, en parte porque teme la castración como castigo por la rivalidad con el padre; pero principalmente porque la excitación misma ahora se le antoja peligrosa. Igualmente se aleja de las niñas y se vuelve aplacado, perseguido y temeroso. Se acerca al padre, pero de manera más dócil (incluso, femenina).

La niña, al descubrir el genital masculino, comprende que su clítoris no es un pene ni nunca lo será. Todas sus ilusiones fálicas de algún día poder tenerlo todo y ser grandiosa, en lugar de tambalear –como en el caso del varón–, se derrumban. En ella, la castración no es un peligro ni una amenaza angustiante, sino algo ya sucedido de manera irreversible. Eso constituye una gran herida narcisista; un dolor y una desilusión inmensa se apoderan de su ánimo. Para peor, saber que eso que ella jamás tendrá, lo tienen los varones, se le hace una injusticia imposible de digerir. El afecto que domina su ánimo es la envidia al pene; es decir, envidia la posibilidad de tener un

falo. La niña también se distancia de la madre, a quien considera ahora un ser castrado (incluso traidor si, por ejemplo, le dio el pene a un hermanito) y se aleja también de la sexualidad; no tanto porque la libido sexual le parezca peligrosa –el daño mayor ya está hecho– sino porque su propio genital se le antoja un estigma de su mutilación narcisista. Más enamoradiza que el varón, se acerca al padre y a los varones ya que ellos son los que tienen el pene que tanto desea. La esperanza de tener el pene del padre, de tener hijos con él, representa una fantasía de compensación por las ilusiones fálicas perdidas. Pero este acercamiento a lo masculino se hace de manera desexualizada, con un amor platónico, que encubre un resentimiento amargo y profundo.

De modo que ambos se alejan de la madre y se acercan al padre, pero como ellos son sexualmente opuestos, también son opuestos los desenlaces de estos movimientos. Mientras que el varón, retrocediendo en su evolución natural, se aleja del complejo de Edipo, la niña, en cambio, en un movimiento evolutivo, ingresa en este complejo. Mientras que el varón se vuelve temeroso y perseguido, la niña, sintiéndose víctima de una injusticia, se vuelve díscola y querellante.

En el varón la libido sexual, reprimida junto al complejo de Edipo, en parte se sublima en el desarrollo cultural y en parte se muda en angustia. Según los casos, otra parte puede seguir el destino de la regresión, desarrollando síntomas o aspectos obsesivos en el carácter o, incluso, rasgos afeminados si la regresión es mayor. En la mujer, parte de la libido reprimida también puede seguir el destino de la regresión o retornar como síntomas, por ejemplo, obsesivos. El hábito constipado es un rasgo común en muchas mujeres. Sin embargo, dado que la noticia de la diferencia de los sexos empuja a la niña hacia adelante, hacia el complejo de Edipo, una parte importante de la libido es coartada en su fin sexual (el amor platónico). Por lo tanto, la proporción de libido sublimada es menor. Según Freud, esto podría explicar el papel menos destacado que la mujer tiene en la cultura humana.

Antes de proseguir quisiera llamar la atención sobre una cuestión más. Este pasaje de la etapa fálica al período de latencia que acabamos de describir forma parte de lo que consideramos como el desarrollo sexual normal. Sin embargo, visto en la profundidad de sus consecuencias psicológicas nos parece una tragedia. Más aún, una tragedia absurda, en tanto todo se trata de

un gran malentendido. Y entonces cabe que nos preguntemos de dónde surge este malentendido.

Si desandamos el camino recorrido, vemos que el origen se remonta a la inmadurez genital del niño. El hecho de que en la infancia el pene y el clítoris estén tan lejos de poder descargar la excitación que ellos mismos producen, determina que la etapa fálica esté condenada al fracaso. Esta impotencia funcional para el orgasmo determina, también, una versión demasiado idealizada de las potencialidades reales que el futuro depara a estos órganos. Surge así la fantasía del falo y, junto con ella, toda una concepción fálica de la sexualidad que, como veremos, ejerce una gran influencia en la sexualidad humana.

Quizás también queramos ir más lejos en nuestras indagaciones y preguntarnos a qué se debe este retardo madurativo genital que transforma a niños y niñas felices, en niños angustiados y niñas envidiosas. También Freud se hizo esta pregunta; y según pudo comprender, este retardo madurativo genital es también lo que transforma al animal en humano.

### **Orígenes y consecuencias de la sexualidad en «dos tiempos»:**

En un trabajo poco conocido debido a que se hallaba perdido y se recuperó tardíamente, intentando comprender por qué las distintas neurosis se presentan en distintos momentos de la evolución del niño, Freud elaboró una tesis antropológica que se remonta aún más lejos que la elaborada en Tótem y tabú acerca de la horda primordial. Allí supone que, antes de que el hombre fuera hombre, era un animal que vivía en el bosque alimentándose de frutos, hojas y pequeños insectos. Según supone –y esto es lo que nos interesa ahora–, este animal alcanzaba la maduración sexual a los 5 años. Cuando en el planeta sobrevinieron las glaciaciones, el entorno en el que este animal vivía cambió drásticamente y, para sobrevivir, él también se vio forzado a cambiar. Este proceso de adaptación es lo que, según Freud, determina el proceso de hominización que nos convierte en un animal diferente al que éramos y explica, a su vez, las particularidades de nuestra singularidad.

Los bosques que proveían cobijo y alimento desaparecieron; y este animal se vio forzado a realizar largas migraciones para encontrar alimentos y mejores climas. Para poder percibir a la distancia el destino de las prolongadas



migraciones, progresivamente fue adoptando, más y más, una postura erecta –similar a la que usaba para trepar a los árboles–. La nariz se alejó del suelo y el olfato fue perdiendo relevancia a favor de la vista. Podemos suponer que la visión a distancia contribuyó a que las representaciones del futuro (y luego, también, las del pasado) se volvieran más concretas e, incluso, más importantes que el presente inmediato.

Me imagino un pequeño grupo avanzando por un páramo yermo y helado; uno de ellos se alza para mirar el horizonte. A lo lejos, se divisa un risco con manchas negras; podrían ser cuevas. Le parece un buen lugar para pasar la noche al amparo de las rocas. Lo señala a los demás; ellos también se alzan y lo ven, y hacia allí, deciden dirigirse. Mientras caminan, recrean en la memoria la imagen de las cuevas, y las comienzan a imaginar cálidas. Piensan «cuando lleguemos podremos descansar, abrigarnos, comer» ... No llegan a ser palabras, son solo sensaciones. Así, mientras sus cuerpos fatigan, en el presente, la tediosa caminata, sus almas ya comenzaron a habitar el futuro.

También fue necesario implementar cambios en la estructuración social; formar alianzas para la caza con aquellos que hasta entonces habían sido rivales. De a poco, la migración fue generando pequeños grupos organizados alrededor de la figura de un macho fuerte y dominante. Fue necesario adaptarse a comer los alimentos que se pudieran conseguir y resolver el modo de repartirlos. Para comer, ahora era necesario matar, y el animal frugívoro se volvió carnívoro. La segunda dentición del niño parecería remedar este cambio en la filogénesis.

La escasez de alimentos, el frío, las interminables migraciones, el agotamiento, el distanciamiento del olfato (sensible al celo de la hembra), la necesidad de reservar fuerzas para afrontar con éxito los peligros y avatares de la caza, el hecho de que la proliferación de crías (que alimentar y transportar) amenazara la supervivencia del grupo, en síntesis, todo un conjunto de situaciones adversas, favoreció que el interés sexual quedara relegado por otras urgencias. De modo que gran parte de la libido sexual, desligada de los objetos que la satisfacía, retornó al yo a los fines de la autoconservación. Parte de esta libido, separada de su fin sexual, se utilizó para el necesario desarrollo intelectual y el desarrollo de capacidades nuevas; otra parte se mudó en el apronte angustiado, acorde a las duras circunstancias.

A diferencia del macho, la hembra –más débil– hubo de implementar estrategias adaptativas distintas. Atrasada en sus migraciones por la cría e imposibilitada de cazar el alimento para sí y para su cría, pasó a depender más y más de la protección del macho, del alimento que él pudiera conseguir y, sobre todo, de que estuviera dispuesto a compartirlo con ella y con su cría. El modo que encontró para mantener vivo el interés del macho en ella fue incrementar sus atributos sexuales, haciéndose más atractiva. Podemos imaginar que así, la disponibilidad sexual de la hembra se independizó del período de celo. El estímulo olfativo del celo se reemplazó por nuevos estímulos visuales. Comenzó a perder el bello facial y a adornar su rostro o su figura para hacerse más reconocible. Adoptó el coito frontal, tanto para ser mejor reconocida por el macho, como para poder retenerlo en el abrazo. La preferencia, el protagonismo y el reconocimiento se anudaron a la sexualidad como estrategias de supervivencia.

La sexualidad, que hasta entonces había procurado la supervivencia de la especie, encontró un nuevo fin; se puso al servicio de la supervivencia del individuo; en principio de la hembra; luego de la cría. Podemos imaginar que para lograr que el macho proteja también a su cría, la hembra habrá favorecido el contacto entre ambos, induciendo paulatinamente la emergencia de una idea desconocida hasta entonces: la paternidad.

Para el macho, el deseo sexual entra en conflicto con su necesidad de supervivencia. La sexualidad era un fuerte atractivo, pero a la vez, un fuerte peligro en tanto podía distraer sus escasas energías de necesidades más urgentes. Todavía hoy, por ejemplo, se suele considerar que la práctica sexual debilita peligrosamente al deportista, en vísperas de una competencia. A partir de este conflicto entre «hambre» y «amor», resulta tentador imaginar que, favorecido por el estado de hambre y desprotección en el que se hallaba el macho, el coito frontal, que expone a la vista los senos femeninos, y el abrazo de la hembra, pudieron evocar en él añoradas memorias de experiencias infantiles con el pecho materno. Quizás así los pechos femeninos -destinados a la función nutricia- se incluyeron como parte del acto sexual. La hembra, entonces, dejó de ser solo el objeto de la satisfacción genital y, progresivamente, pasó a representar también a la madre nutricia y protectora de la infancia. La sexualidad en estos hombres primitivos se hizo más compleja y comenzó a cumplir funciones nuevas y distintas a la reproducción o el placer genital. Por ejemplo, la unión afectiva, el vínculo perdurable, el lazo de amor. Posiblemente también así se haya anudado a la

sexualidad el compromiso de exclusividad, propio de la cría única en nuestra especie.

En síntesis, las glaciaciones fuerzan un cambio adaptativo que transforma al primate en humano. Este cambio que se inicia *a expensas* de la libido sexual, termina alcanzando a la sexualidad misma, generando en ella cambios significativos. Al modo de unos puntos de fijación filogenéticos, para Freud, el desarrollo sexual del niño repite esas vivencias. El niño a los 5 años se aparta de la sexualidad para ingresar en el período de latencia iniciando un proceso de culturalización –comparable a la hominización– que atempera, por decirlo de alguna manera, la parte más animal o salvaje de sus impulsos. Durante este periodo, la sexualidad parece haber desaparecido (período de latencia); o esa energía se vierte en fines culturales y no sexuales. Como en el caso del macho y la hembra, el apartamiento de la sexualidad también será distinto en niños y niñas. Al llegar la pubertad, la sexualidad retorna de un modo diferente al que vemos en los otros animales. Se ha independizado del celo y ya no solo busca la satisfacción de la descarga; también busca sellar un lazo de amor exclusivo y perdurable.

Más allá de la veracidad fáctica de estas hipótesis antropológicas, no cabe duda de que esta acometida en dos tiempos de la sexualidad, este retardo madurativo de la sexualidad, es un rasgo distintivo de nuestra especie. Quizás aquí podamos encontrar la razón de la particular constitución de la sexualidad humana; del hecho de que para el hombre su sexualidad sea tan importante.

### **El retorno de la libido sexual en la pubertad:**

La pubertad –la primera etapa de la adolescencia– se define como el momento de la vida en que los órganos sexuales inician el proceso de maduración que los hará capaces de llevar a cabo la reproducción. A medida que nos alejamos del nacimiento, las vivencias individuales van teniendo un peso mayor sobre las disposiciones congénitas, de modo que el momento de iniciación de la pubertad suele ser bastante variable de un individuo a otro. Se suele considerar normal que se inicie entre los 10 y los 13 años de vida. En términos generales, se inicia antes en la mujer que en el varón.

En un plazo variable pero breve, los genitales se desarrollan; el varón se hace capaz de producir espermatozoides y eyacular; la mujer comienza a ovular y tiene su primera menstruación (menarca). Aparece el bello púbico y axilar, la sudoración comienza a tener el olor típico del adulto y el tejido adiposo se acumula siguiendo los patrones acordes al sexo. En el varón cambia la voz, se desarrolla la nuez de Adán, aparece el bello facial y se desarrolla la musculatura. En la mujer, comienzan a crecer las mamas y se ensanchan las caderas. Así como en la sexualidad del adulto, los genitales asumen la descarga del conjunto entero de la excitación corporal, las hormonas sexuales producidas por las gónadas (testículos y ovarios) gradualmente imprimen en el cuerpo entero las características propias de su sexo. El niño sufre una modificación corporal completa que lo transforma en un hombre; la niña, deviene una mujer.

Al describir esta etapa del desarrollo, se suele hablar de un «despertar sexual del niño»; lo que no queda claro es si la expresión se refiere a que el niño despierta a la sexualidad o si, en cambio, es la sexualidad, aletargada, la que despierta en el niño. El psicoanálisis parece inclinarse por esta última opción. Acompañando todo este proceso de cambio, la libido sexual experimenta un refuerzo que, por decirlo en una metáfora, *desborda* los diques que la represión le impuso al comenzar el período de latencia.

Sin embargo, la represión no desaparece por completo; los diques morales que la cultura impone a la libido sexual, el asco y la vergüenza, se mantienen, influyendo en el modo en que el púber experimenta su excitación sexual. También influyen las experiencias vividas en la infancia que, reprimidas y olvidadas, siguen vigentes en la atemporalidad de lo inconsciente.

Como dijimos antes, estas vivencias infantiles determinarán el modo en que cada sujeto, en cada cultura, experimentará la sexualidad. En términos generales –aunque variables–, podemos decir que, vivida con culpa, con asco y con vergüenza, la sexualidad se vuelve un asunto secreto y un acto privado. Este es otro aspecto en el que el ser humano se diferencia de los animales.

A partir de las experiencias infantiles, la libido sexual permanecerá fijada a los objetos originales, endogámicos e incestuosos. Sin embargo, las vivencias traumáticas infantiles vividas en torno al complejo de Edipo empujan a la libido sexual a buscar la satisfacción por medio de objetos exogámicos. Aquí podemos trazar algunas diferencias generales entre varones y mujeres. La angustia de castración, que forzó al niño a *salir* del complejo de

Edipo, es un motivo suficientemente poderoso como para vencer la fijación de la libido a los objetos edípicos y provocar su desplazamiento hacia objetos exogámicos. En cambio, la envidia al pene, que empuja a la niña a *ingresar* en el complejo de Edipo, se demuestra mucho menos eficaz para lograr que la libido sexual se desligue de los objetos edípicos. Aunque en materia sexual todo es variable según cada caso (y esto vale para mucho de lo que digamos), en la mujer los deseos edípicos hacia el padre, coartados en su fin, suelen permanecer cercanos a su conciencia; en cambio en el varón, los deseos edípicos hacia la madre, suelen estar más reprimidos.

Lo contrario sucede con la manera en que uno y otro sexo experimentan la excitación sexual. En el varón la angustia de castración no suele ser eficaz para contener el refuerzo de libido sexual de la pubertad. A pesar de los peligros que el varón *creer ver* en la sexualidad, descubrir el orgasmo le resulta un atractivo demasiado poderoso y tentador, que suele transformar a los muchachos en masturbadores compulsivos. Esto en parte se debe, comprensiblemente, a lo que siempre suele provocar un juguete nuevo; pero también, a que el onanismo no alcanza para descargar toda la excitación de manera eficiente. La excitación sexual conlleva un deseo de cópula, un deseo por la vagina, que hace que la mano resulte un sustituto ineficiente para satisfacer todo lo que el adolescente desea.

En la mujer, como ya anticipamos, el malentendido que la condujo a creerse irremediabilmente castrada la lleva a tomar distancia de un genital al que considera el estigma de su mutilación; un monumento conmemorativo que amenaza con evocar el doloroso recuerdo del descubrimiento de su herida narcisista. Por eso es común observar mujeres que transcurren toda su vida sin haber practicado la masturbación. Una gran proporción de mujeres, solo descubre la masturbación mucho tiempo después de practicar el coito. Y esto, a pesar de ser capaces de experimentar orgasmos con estimulaciones –más o menos– «casuales» de su clítoris. Llama poderosamente la atención que muchas mujeres adultas ni siquiera tengan una adecuada representación mental de la configuración anatómica de sus propios genitales externos. Inclusive en tiempos en los que la higiene corporal se considera un hábito adquirido.

### **La concepción fálica de la sexualidad:**

Ahora caemos en la cuenta de un hecho que se hace necesario destacar. A pesar de que la fuente erógena de este rebrotar de la sexualidad es el órgano genital maduro, con capacidad para el orgasmo y con sus caracteres masculinos o femeninos propios, y a pesar también, de que el sujeto ya conoce la diferencia sexual de géneros, la manera en que el sujeto experimenta esta *nueva* sexualidad sigue conservando un patrón *antiguo*.

En efecto, a pesar de las nuevas y poderosas sensaciones que brotan del genital maduro, tanto varones como mujeres, *reinterpretan* la sexualidad genital de una manera pregenital; fálica. El malentendido que, en el pasado infantil, produjo la traumática noticia de la diferencia sexual, retorna como si el tiempo no hubiera pasado. Así lo masculino y su genital, con toda su riqueza de matices, es reducido hasta hacerlo coincidir con el antiguo ideal fálico. Análogamente, lo femenino y su genital es completamente desestimado, reduciéndolo a lo contrario de aquel ideal infantil; es decir, a la castración.

El varón ve en este refuerzo de la libido sexual y en la maduración de su genital –tan largamente anhelada–, una nueva posibilidad de satisfacer aquellos deseos antiguos, tan idealizados y frustrados. Acorde a las concepciones infantiles, imagina que la acción de penetrar es un acto sádico, agresivo y violento, que provoca un placer mayor, cuanto mayor es el dolor que ocasiona en lo penetrado. No concibe que la magnitud de la excitación es proporcional a la magnitud de la frustración; al contrario, imagina que la excitación es, en sí misma, un poder; una potencia inagotable, en su máxima expresión. Paradójicamente, la satisfacción que apaga la excitación, a veces puede ser confundida con la pérdida de potencia, es decir, con la castración.

La mujer ve los cambios corporales que trae la pubertad, que la vuelven tan atractiva para el varón, como el sustituto del pene que le falta. Imagina que su seducción es un poder fálico; su potencia es mayor, cuanto mayor sea el sufrimiento que causa en la víctima de sus atractivos. Le resulta más placentero comprobar la excitación que su seducción es capaz de despertar en el varón, que el hecho de averiguar si es capaz de satisfacer la excitación que provoca. En lo que hace a la satisfacción directa de su propia excitación, –en su ceguera fálica–, no alcanza a ver cómo esta satisfacción podría deshacer una castración que concibe irremediable. El acto sexual, en su concepción fálica, implicaría exhibir su genital castrado, cosa que juzga contraproducente, ya que desmentiría la potencia fálica que, con su seducción, intenta simular.

Aquí tenemos una nueva y ulterior consecuencia del retardo madurativo que condicionó la imposibilidad fálica, la sexualidad en dos tiempos y el largo período de latencia. Si repasamos el panorama del desarrollo sexual, vemos que, en cada nueva fase, la emergencia de deseos nuevos traía aparejado una necesidad de nuevas acciones para su satisfacción. Estas acciones, como consignamos oportunamente, determinaban una particular concepción (de uno mismo, del mundo, de las cosas) que era también nueva.

Sin embargo, no es esto lo que sucede con la libido genital en la pubertad. Los nuevos deseos genitales, en lugar de experimentarse como tales, *despiertan* los viejos deseos insatisfechos, que naufragaron durante la etapa fálica. Deseos surgidos a destiempo y condenados al fracaso; deseos que se volvieron exagerados y deformes. Deseos para los que no existe órgano ni acción capaz de darles plena satisfacción.

En lugar de apreciar la complejidad y riqueza de matices que aporta la nueva libido sexual, el sujeto solo desea usarla para revindicar las pasadas frustraciones; para restañar una vieja impotencia que, en su momento, constituyó una afrenta a su narcisismo. Es decir, vive la pubertad como el momento de cumplir la «promesa fálica»; el momento de cobrar el billete ganador. Quizás un ejemplo nos ayude a ilustrar las penosas consecuencias de este nuevo malentendido.

Imaginemos que un niño asiste a las primeras fases de la fabricación de una delicada flauta traversa. Incapaz de comprender la funcionalidad de ese objeto fascinante, el niño lo confunde con el palo que, se utiliza para romper la piñata de caramelos en el juego del gallito ciego. Experimenta, entonces, intensos deseos de jugar con él. Su padre, el luthier, le dice «todavía no», «aún no está terminado». Imaginemos que la frustración de este deseo se vuelve muy intensa. «¿Por qué tengo que esperar tanto?, ¿por qué mi padre puede tenerlo y yo no?». Pasa el tiempo y el niño olvida todo el asunto, hasta que un día su padre le entrega el objeto terminado. El objeto tiene una boquilla que, en una exacta y precisa posición, invita a apoyar los labios en ella; tiene además unos hermosos y complejos botones, que invitan a apoyar los dedos haciendo que cada mano tome su debido lugar en el instrumento... Sin embargo, a pesar de la belleza y complejidad del objeto, a pesar de que una observación desprejuiciada llevaría a descubrir el modo correcto de utilizarlo, al niño solo le evoca los antiguos recuerdos de aquel palo con el que tanto quería golpear. Por lo tanto, solo desea utilizarlo de ese modo, para satisfacer aquellos deseos tan largamente postergados.

Se hace evidente que, si decimos que, en la pubertad, el sujeto ingresa a la fase genital secundaria, dejando atrás el período de latencia y la fase genital primaria, estamos induciendo a una visión equivocada de lo que realmente sucede. Para lograr la madurez sexual es necesario primero *corregir* este malentendido en la concepción de la sexualidad; un malentendido que podríamos llamar *concepción fálica de la sexualidad*. La pubertad está dominada tanto por la maduración genital como por el *retorno* de lo fálico; esta concepción fálica permanecerá en la sexualidad del adulto a menos que se la pueda elaborar. Veamos algunas de las consecuencias que esta concepción trae aparejadas.

### **El desencuentro de los sexos:**

Así como una llave encuentra su sentido y su razón de ser en la existencia de una cerradura, los genitales masculinos y femeninos están hechos el uno para el otro. La sola contemplación de uno de ellos, permite imaginar la necesaria existencia del otro e intuir su exacta conformación anatómica. Están pensados para encontrarse y, cuando lo hacen, el orgasmo se hace presente para celebrar el encuentro. Así se observa por doquier en la naturaleza. Parece tan sencillo... El sexo contiene su propio mapa; solo es cuestión de dejarse llevar.

Sin embargo, al ser humano esta tarea le resulta muy compleja y difícil de lograr. Una interpretación prematura y fallida de la sexualidad viene a estorbar y complicar esta actividad, elevándola a la categoría de una de sus principales dificultades y, por lo tanto, uno de sus principales afanes (si no el mayor).

Como vimos, en la etapa fálica, por inmadurez y desconocimiento, el niño cree que el único órgano sexual que existe es el pene. Cree que niños y niñas tienen uno pequeño y poco potente y que hombres y mujeres tienen uno grande e inmensamente potente, el falo. La noticia de la diferencia de los sexos, tanto en varones como en mujeres, modifica un poco esta concepción; ahora creen que solo los varones tienen pene y que las mujeres, en cambio, están castradas. Al llegar la pubertad, en lugar de reconocer las sensaciones que brotan del genital maduro y que podrían llevarlo a concebir la existencia del genital complementario y su valor, la antigua concepción fálica retorna y domina el modo de experimentar la libido sexual.



Según esta concepción, todo lo bueno, lo valioso y lo gratificante es lo fálico; todo lo malo, lo humillante y lo frustrante es lo castrado.

Bajo esta pobre luz, como sucede con los resultados de los deportes de suma cero, el encuentro sexual pasa a considerarse una contienda, una batalla de los sexos, en la que solo uno de los contendientes puede gozar. El gozar mismo es experimentado como obtener el anhelado triunfo. Para el otro, solo queda el dolor de la humillante derrota. La satisfacción se busca mediante las acciones que se valoran en las contiendas (la guerra y el deporte): estar arriba, atacar, dominar, poseer, triunfar, derrotar, vencer.

En el varón, la angustia de castración sigue vigente, pendiente de una mejor elaboración. Así, nunca logra sentirse completamente seguro de su potencia y por eso la sexualidad le sigue resultando peligrosa. La fantasía de que su pene no sea lo suficientemente grande lo persigue y teme que, en el encuentro con la mujer, esta pueda comparar su pene y su desempeño con el de otro hombre más potente. Según señala Luis Chiozza, esta fantasía nace de su deseo sexual incestuoso. Lo atractivo de la conquista es que la mujer en cuestión sea, en su fantasía inconciente, representante de la madre infantil; aquella que solo el padre podía poseer. Resulta que, al evocar inconcientemente este objeto, se le antoja inmenso en comparación con el pequeño cuerpo del niño que forjó aquel deseo. También se le antoja pequeño su pene, en comparación con el del padre.

Sin ser capaz de recordar la primera impresión que le causó la noticia de la diferencia sexual, el genital femenino le resulta horrible y asqueroso, particularmente, la menstruación. La evocación inconciente de esta imagen de pene mutilado, dificulta el encuentro e interfiere la excitación. De modo que sus deseos hacia la mujer son sumamente ambivalentes. Por un lado, la necesita para dar satisfacción a su excitación y para confirmar la posesión del falo; por el otro teme fracasar y quedar humillado, o bien triunfar y que ella experimente envidia y quiera castrarlo. Bajo el desprecio a la mujer, el hombre fálico esconde el temor al genital castrado y resentido y justifica un alejamiento que salvaguarda una potencia de la que se siente inseguro. Su manera de concebir al hombre y a la mujer se convierte en el *mach-ismo*; un intento infructuoso y exagerado de negar la angustia de castración.

La situación de la mujer fálica tampoco es mejor. Ya mencionamos cómo el malentendido de saberse castrada la aleja de su genital, de la masturbación y del coito. La única gratificación (fálica) es la utilización de sus atractivos

corporales para ejercer una seducción que, en última instancia, termina siendo inconducente. Para poder gozar necesita un pene, pero no puede tolerar que el pene lo tenga el hombre. De manera que, si el pene del hombre la hace gozar, junto al placer, renace en ella la frustración y el resentimiento. Si, intentando satisfacer su resentimiento, logra «castrar» al hombre, inhibiendo su excitación y haciéndolo sentir impotente, tampoco puede gozar de su triunfo ya que el sentimiento de castración retorna, haciéndole sentir que no puede conseguir un hombre verdaderamente potente.

Vemos que, al igual que el varón, su concepción de la sexualidad centrada en el falo es también machista. Dominada por la envidia al pene, se siente injustamente perjudicada y su concepción de lo que sería imponer justicia es el *femin-ismo*; un intento reivindicatorio de castrar al varón y apoderarse del falo. Los conflictos de uno se potencian con los del otro. Si la mujer, carente de falo, es imposible de satisfacer, el hombre tampoco logra sentirse potente y poseedor del falo. Ambos terminan sintiéndose castrados. Mientras que la castración, en esta concepción, se considera un hecho concreto, la posesión del falo, en cambio, solo puede ser *ilusoria*. En otras palabras, la sexualidad fálica solo ofrece *una* posibilidad real: el sentirse castrado.

Machismo y feminismo comparten el mismo equívoco: la concepción fálica de la sexualidad genital. Por lo tanto, ambos están condenados al mismo destino. Como el falo y lo castrado no pueden encontrarse, el encuentro entre el pene y la vagina se perturba –o imposibilita–. Como sucedía en la infancia, la frustración crece y la concepción fálica se refuerza. Cuanto mayor es la frustración sexual, más se exagera la importancia de la satisfacción sexual para la vida de hombres y mujeres.

### **El sexualismo:**

Que la finalidad de la sexualidad en la naturaleza sea la reproducción puede, quizás, ser una idea demasiado simplista, pero difícil de poner en duda. Como se suele decir, una gallina es el método que tiene un huevo para poner otro huevo. El individuo es *portador* de un plasma germinal que no le pertenece; puede hacer con su vida lo que le plazca, pero periódicamente es llamado a cumplir su deber para con la supervivencia de su especie. A

cambio de este servicio, o como un modo de asegurarlo, recibe como recompensa el intenso placer del orgasmo.

Obviamente, en muchas especies la sexualidad parece ser mucho más compleja, pero en ninguna parece alcanzar tanta complejidad como en el ser humano. Nosotros somos conscientes de lo transitorio de nuestra existencia y pensamos que una de las cosas más eficaces para otorgar sentido a la vida –si no la única– es la posibilidad de experimentar placer. Los seres humanos somos adictos al placer y, por supuesto, el que más nos interesa es, lógicamente, el mayor de todos; el orgasmo. La escasez de vida sexual que vemos en los animales, a nosotros nos resulta inaceptable. Como dijimos, nuestro deseo es mayor y más exigente; es –para nosotros– una necesidad. No queremos que nuestra sexualidad sea solo una descarga ocasional, queremos que tenga la frecuencia de nuestro deseo; queremos, además, que sea la suma de todos los placeres que experimentamos y, a la vez, que sea un modo de resarcirnos de todas las frustraciones pasadas. Queremos que nos haga sentir que valemos, que podemos; y, puestos a pedir, si es posible, que también nos asegure el amor, la exclusividad y la preferencia.

Debo decir que, en tanto humano, la actitud de «ir por más» no me parece tan mala; «el que quiere celeste que le cueste». Creo que nuestro modo de vivir la sexualidad me parece mucho más rico e interesante que el que creo ver en otras especies. Pero también es innegable que nuestro modo de perseguir la satisfacción sexual es fuente de mucho padecimiento. No creo que, necesariamente lo uno tenga que ser consecuencia de lo otro. Creo que es posible identificar en ello algo patológico que sería preferible evitar o tratar de resolver mejor.

No me parece mal que la sexualidad busque satisfacer deseos antiguos e insatisfechos, si esto se pretende con cierta mesura. Por ejemplo, el deseo de que el objeto de la satisfacción actual, represente al objeto original al que la libido sexual quedó ligada, si uno lo toma demasiado literalmente, resulta imposible de satisfacer; es decir, si uno espera que el objeto actual *sea* el objeto original. Pero si uno lo considera solo un punto de partida, puede resultar sumamente enriquecedor. Uno empieza enamorándose del parecido, y bien puede terminar amando la diferencia, como novedad que enriquece la experiencia.

Como he venido desarrollando, creo que el problema principal que motiva tanto sufrimiento, se da con un conjunto de deseos mal concebidos y que, por lo tanto, los intentos de satisfacerlos siempre redundarán en una

insatisfacción mayor. Como ya presume el lector, me refiero a los deseos fálicos. Si esta insatisfacción, en lugar de elaborarse, se la intenta satisfacer de manera directa y concreta, el resultado es un círculo vicioso que transforma la sexualidad en *sexualismo*.

La masturbación compulsiva del adolescente es un buen ejemplo. A primera vista, podría parecer ideal el uso de la imaginación dado que en ella las cosas son y suceden exactamente como uno las desea; la autosatisfacción nos independiza, además, de los avatares de la conquista. Sin embargo, la ineficacia de esta actividad para descargar una excitación que es más compleja de lo que el adolescente concibe, se pone de manifiesto en su desmesura y en el carácter compulsivo. Por esta pérdida de la adecuada moderación se la considera como *onan-ismo*.

Los amantes del vino han logrado desarrollar, a lo largo de los siglos, una rica cultura enológica que ofrece una variedad de matices, combinaciones y sabores, que pueden enriquecer las posibilidades sensoriales de todo aquel que quiera recorrer esos caminos. Y para elaborar esa rica cultura milenaria, no fue necesaria la participación del alcoholismo. Más aún, el sujeto alcohólico es el exacto contrario del enólogo; no el abstemio.

Creo que sería de mucha utilidad poder disponer de unos parámetros básicos para poder deslindar lo enriquecedor de lo que resulta nocivo, en la consideración de nuestra propia sexualidad, la de nuestros pacientes y la que nuestra cultura produce en la sociedad. Poder distinguir lo que verdaderamente resulta satisfactorio, de aquello otro que redundante en una excitación que, imposibilitada de satisfacción, crece más y más, pudiendo llegar a devorar por completo la vida del sujeto. Verlo en los casos más evidentes, pero también, aprender a verlo en los más sutiles. Un primer paso, a mi entender, es comprender mejor en qué consiste la concepción fálica de la sexualidad y cómo, la imposibilidad interna que ella conlleva, deriva en un intento de satisfacción sexualista que estropea la satisfacción de la sexualidad genital.

Así como sucede con la sexualidad normal, que puede sublimarse, coartarse en su fin, emprender el camino de la regresión o manifestarse a través de formas patológicas, también habremos de perseguir las huellas del sexualismo fálico en producciones culturales (la competitividad de los mercados), en vínculos no sexuales (la rivalidad profesional), en la desmesura de lo oral o lo anal (por regresión), y en diversas formas de la patología (homosexualismo, hiperplasia de próstata).

### **La maduración sexual:**

Si solo existiera la sexualidad fálica, el coito no sería posible y la especie humana se hubiera extinguido. El varón jamás se arriesgaría a perder su precioso pene poniéndolo en contacto con un genital mutilado, envidioso y resentido. La mujer jamás permitiría que el hombre vea su genital castrado.

Nuestra sexualidad va más allá de nuestra manera de concebirla. De modo que, cuando nuestros genitales, por sus propios caminos, se buscan y se encuentran, y la satisfacción sucede, esa experiencia tiene la capacidad de poner en crisis nuestra concepción equivocada. Sin embargo, esto no sucede con la frecuencia que uno esperaría. La razón no se debe a la escasez de experiencias satisfactorias (que igualmente son escasas) sino a otro motivo más complejo. Los seres humanos tendemos a no percibir las cosas como son, sino como deseamos (o tememos) que sean. En términos teóricos, en lugar de establecer identidades de pensamiento y sentimiento, hacemos identidades de percepción y sensación.

No es infrecuente ver que un paciente –siempre es más fácil ver la paja en el ojo ajeno– califica de gratificante una experiencia que, claramente, no lo fue. O que, si reconoce la insatisfacción, la atribuya a algo distinto de su verdadero origen. Un ejemplo tragicómico es la abundancia de sujetos que la pasan mal durante las vacaciones y, a pesar de que lo notan, siguen convencidos de que lo que verdaderamente necesitan son más vacaciones. Es infrecuente que un sujeto descubra, a partir de sus experiencias, que la pasa mejor cuando trabaja que cuando está de vacaciones. Eso nos da una idea de lo infrecuente que puede llegar a ser que un sujeto abandone la concepción fálica guiado solo por sus propias experiencias sexuales.

A juzgar por lo que puede verse, tanto en el cine como en la televisión, tanto en el consultorio como en las charlas con amigos, la concepción madura de la sexualidad genital suele brillar por su ausencia. Seguramente, algunos que la tienen y la disfrutan, se sienten demasiado desconcertados por el consenso como para atreverse a hablar de qué es lo que verdaderamente los gratifica de su sexualidad.

La sexualidad masculina genital, confundida con falocentrismo, en su conjunto es tachada de machista. El feminismo busca reivindicar para la mujer el mismo falo que critica en el hombre. Frente a la envidia y el

resentimiento de la mujer, el hombre retrocede angustiado. Mientras tanto, la sexualidad femenina genital, es confundida con sometimiento al «machismo patriarcal hegemónico». El hombre, negando el lazo entre sexualidad y amor, considera que su sexualidad es por naturaleza poligámica y justifica así su convicción sexualista de que en la variedad está el gusto. Deseoso de experiencias que, en verdad, lo atemorizan, necesita recurrir al viagra para sentirse mejor. Es difícil escuchar que alguien cuestione el consumo de viagra o se atreva a preguntar qué está pasando. La mujer ve en la presunción poligámica del hombre un privilegio que envidia y busca emular. En ella, la cirugía estética suele cumplir la misma función que el viagra en el varón; es decir, un intento de aumentar la potencia fálica.

Formas infantiles y precarias de sexualidad, que a todas luces están condenadas a una satisfacción pobre e insuficiente, son idolatradas como la máxima expresión de valentía y libertad. Me refiero a aquellas formas de sexualidad en las que un genital (tanto el pene como la vagina) es privado del encuentro con su complementario, para el que fue creado; por ejemplo, el homosexualismo. O también, cuando el sujeto busca ejercer su sexualidad fingiendo el cuerpo y la identidad que corresponde al genital que no posee, como en el caso del transgénero. También considero condenados a la insatisfacción aquellos casos en los que la sexualidad es despojada de su participación en la constitución de un lazo afectivo fuerte y perdurable (algo que incluso se observa en muchas especies animales). Por ejemplo, el sexo ocasional, o el sexo a través de plataformas digitales que pretende evitar los rituales de la conquista que le confieren al acto sexual un valor tan preciado tanto para hombres como para mujeres.

No es mi intención condenar al sujeto que –como todos nosotros– busca la satisfacción como mejor puede, sino que intento señalar la perniciosa influencia de un consenso que fomenta lo insatisfactorio, confundiendo con la satisfacción. Un consenso que, además, reivindica cualquier satisfacción como si fuera un derecho.

Creo que para alcanzar una sexualidad más satisfactoria necesitamos hacer mejores identidades de pensamiento y de sentimiento. Por un lado, tratar de pensar mejor; comprender que no estamos viendo las cosas como adultos sino como los niños asustados y frustrados que fuimos. Por el otro, escuchar mejor lo que verdaderamente sentimos; no me refiero a sentimientos anudados con experiencias traumáticas del pasado, sino a las *sensaciones actuales* que provienen de nuestra excitación genital. Esas sensaciones

son afectos poderosos capaces de determinar una parte importante de nuestro bienestar o su imposibilidad, cuando los desoímos.

El genital femenino no es solo el clítoris. La vulva y la vagina son estructuras ricamente inervadas que son fuente de sensaciones y deseos propios. Como se ha señalado, en la mujer, el pasaje del comando de la excitación general, del clítoris a la vagina, es un proceso complejo que no siempre se logra. Pero será imposible de lograr si ni siquiera se lo conoce ni valora. Creo que podemos convenir en que, cuando este pasaje se completa, la mujer ha alcanzado su madurez sexual femenina. Podríamos hablar de sexualidad genital, de sexualidad femenina o, también, sexualidad vaginal (aunque esta última designación deja afuera al clítoris y a la vulva).

Como sostuve en la conferencia a la que hacía mención antes, creo que es igualmente necesario considerar, en el varón, un pasaje análogo para señalar la culminación de su madurez sexual. Se trata de un pasaje más complejo que el de la mujer, por resultar más confuso. Es el pasaje del falo al pene, en el que el pene pierde las cualidades idealizadas (falo) a favor de las posibilidades reales de funcionamiento. Se trata de un pene que no solo tiene valor si está excitado y duro, sino que también se permite estar blando, porque eso significa estar satisfecho. Un pene que se agranda cuando se siente bienvenido, pero que no se siente humillado si se achica al no sentirse deseado. El hombre sexualmente maduro, aprende a descubrir, en el «comportamiento» de su pene, un mapa que lo ayuda a descubrir lo que él mismo genuinamente siente frente a un determinado encuentro sexual. Podríamos hablar de sexualidad genital, de sexualidad masculina o, también, de sexualidad peneana.

Creo que lo más sencillo sería hablar de *sexualidad genital*, tanto para el hombre como para la mujer, dado que el término «genital» lleva implícito que hay dos variantes distintas (masculino y femenino), que son complementarias y que se implican mutuamente. Esta maduración sexual genital también implica una particular *concepción* de la sexualidad, en la cual el valor de un genital, su sentido y su razón de ser, solo se puede determinar por la existencia del otro. Cuando esta sexualidad genital se utilice coartada en su fin sexual o se sublime en metas culturales, impregnará con esta visión de complementariedad aquellas actividades o producciones que se nutran de su energía.

## Nota bibliográfica

En este trabajo me he referido, en mis propias palabras, a conceptos clásicos sobre la sexualidad que, en su mayoría, pertenecen a la teoría psicoanalítica elaborada por Freud. Todos ellos están profusamente mencionados en sus obras y el lector interesado, guiándose por los títulos, no tendrá inconvenientes para hallarlos en su obra completa. Una excepción a lo dicho lo constituye el artículo al que me refiero como perdido y recuperado tardíamente. Este artículo, titulado “Sinopsis de las neurosis de transferencia”, fue escrito en 1915 y hallado en la correspondencia con Ferenczi; lamentablemente, la versión que poseo no ofrece datos editoriales.

Repasando escrito, solo encuentro cuatro referencias que quizás sea necesario detallar. La primera de ellas se refiere a una conferencia titulada «*La sexualidad humana para el psicoanálisis*» que dicté en la Fundación Luis Chiozza el 18 de octubre de 2019. La segunda es el libro de Mark Rowlands *El filósofo y el lobo*, de la editorial Seix Barral (Barcelona, 2009). La tercera es un trabajo que hicimos con Horacio Corniglio, titulado «*La devoración del padre como símbolo de la adquisición del comer. Análisis de un mito antropológico*» que fue presentado en la Fundación Luis Chiozza en noviembre de 1997. La cuarta y última, se refiere a una cita que hago de Luis Chiozza que recuerdo como una comunicación personal y que, en caso de estar publicada en su obra, no he logrado dar con ella.